

La cultura: medio y fin del desarrollo humano

Este es el quinto Informe nacional sobre Desarrollo Humano (INDH) que se presenta en Honduras, y mientras los tres primeros trataron de los pilares del paradigma de desarrollo humano, éste sigue la idea que se inició en el INDH de 2002, es decir, la de profundizar en las dimensiones del desarrollo.

Los tres primeros Informes, correspondientes a los años 1998, 1999 y 2000, han tenido como eje los pilares del desarrollo humano: equidad, participación, seguridad humana, crecimiento y sostenibilidad. Así, el INDH de 1998 tuvo como temas la equidad y la integridad social. Allí se señaló que es en el ámbito rural y en el género femenino donde se han producido y consolidado las inequidades que han impedido una integración progresiva y horizontal de la sociedad hondureña.

En el INDH de 1999 se estudió los pilares de seguridad humana y participación, mostrándose la vulnerabilidad de la sociedad hondureña como consecuencia de históricas deudas sociales, políticas, económicas y ecológicas, las que hacen más frágiles las instituciones y su capital social.

En el Informe del año 2000 se estableció como ejes de análisis los pilares del crecimiento y la sostenibilidad, por medio de un examen de las posibilidades y limitaciones de la sociedad hondureña para hacer crecer su economía y que ésta signifique el despliegue de las oportunidades y el bienestar para todos. Para ello se revisó el stock de recursos naturales con que el país cuenta, el capital humano (sobre todo en cuanto a la educación) y el capital social (las relaciones interpersonales y la confianza).

Estos primeros tres informes en su conjunto completan una visión del desarrollo humano en Honduras desde los pilares de equidad, participación, seguridad humana, sostenibilidad y crecimiento económico. Además, cuentan con información y análisis sobre el agro en Honduras, la economía, la educación, la vivienda, el empleo, las instituciones, la descentralización, la situación de la mujer, la pobreza, el medio ambiente, entre otros.

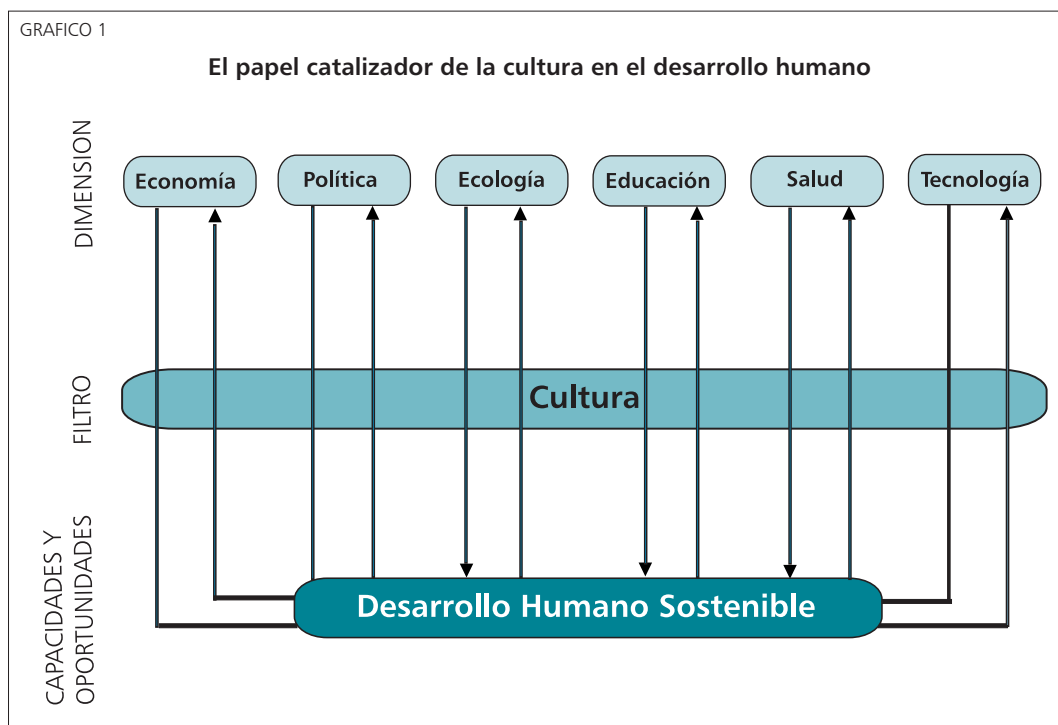
Con la elaboración del Informe de 2002 se inició un nuevo ciclo, orientado a profundizar, por una parte, los temas que sólo han sido tratados de manera aproximativa en los informes anteriores y, por otra, a trabajar nuevas dimensiones del desarrollo humano en Honduras; de tal manera que se ha pasado de analizar los pilares a estudiar las dimensiones.

Una de las dimensiones que tiene mucha importancia para el desarrollo de Honduras es la política. Esto significa hacer un análisis de los vínculos entre la democracia y el desarrollo hondureño con la perspectiva de ir construyendo una gobernabilidad democrática en el país. Al observar, en el Informe de 2002, el proceso de democratización política, se destacan cuatro aspectos que resultan vitales en el análisis hondureño: la continuidad de las elecciones y las reformas electorales, la desmilitarización paulatina del poder civil, los intentos de modernización estatal y la creciente participación de la sociedad civil en la esfera pública. Estos elementos pueden ser vistos como columnas que pueden servir de base para sostener otro nuevo impulso de construcción democrática que tienda a la consolidación del régimen político.

Así pues, el INDH del año 2002 plantea la necesidad de un nuevo impulso democrático que dé seguimiento a los logros alcanzados durante los últimos 20 años. Para fortalecer la democracia hondureña se advierte como desafío la búsqueda de un consenso entre los distintos actores sociales a fin de elevar los niveles de legitimidad y gobernabilidad democrática. En este sentido, resulta vital la construcción de una visión y un proyecto de país que fije acuerdos mínimos para lograr que Honduras se encamine a ser una sociedad de oportunidades para una democracia y desarrollo incluyentes.

En este nuevo *Informe sobre Desarrollo Humano, Honduras 2003* se ha seleccionado como eje de análisis la dimensión cultural del desarrollo, en el entendido que la cultura interactúa con las

GRAFICO 1



otras dimensiones del desarrollo, a la vez que permea las influencias de cada esfera sobre el campo de oportunidades y libertades de las personas. Es decir que la cultura desempeña el papel de filtro o catalizador social con respecto a los estímulos que provienen de los sistemas políticos, económicos, tecnológicos, educativos, ecológicos y de salud (véase gráfico I).

Estudiar la dimensión cultural del desarrollo humano en Honduras no es fortuito, ya que responde a inquietudes derivadas del análisis realizado en los primeros cuatro informes nacionales. Los hallazgos y conclusiones de estos informes plantean que muchos de los problemas y obstáculos del desarrollo parecen ubicarse en aspectos que se relacionan con la falta de confianza entre las personas y sus instituciones, la corrupción, la débil participación ciudadana, la persistencia de una visión de corto plazo, la baja competitividad y una insuficiente capacidad emprendedora de los hondureños. Se trata de aspectos relacionados directamente con la cultura de los hondureños y las hondureñas, ya que tienen que ver con las creencias, las prácticas y los valores de la población.

De acuerdo con las diversas teorías actuales del desarrollo, todo proceso de desarrollo supone un cierto *ethos* cultural o talante de los individuos y de los grupos dentro de una sociedad. Este *ethos* significa la capacidad de establecer acuerdos y convenios societales, de construir o articular proyectos de Estado y de país en beneficio de todos. En ese sentido es que cada vez se vuelve más necesario estudiar el desarrollo en Honduras en su

vínculo o dimensión cultural, a fin de identificar y potenciar los elementos que aseguren una legitimación ciudadana que permita y forje un cambio social hacia el desarrollo humano.

La cultura como eje integrador del desarrollo

En su acepción más antigua, la cultura fue entendida como el resultado del “cultivo” de la sociedad humana de modo que los que carecían de ella eran “bárbaros” o “salvajes”. La cultura fue vista como el paso del estado natural al estado humano, del reino del instinto al de la moral y la razón. Hoy se sabe que no hay “primitivos” y “civilizados”, que todos los grupos humanos participan de una cultura con racionalidades a veces sensiblemente diferentes, cuya riqueza, sin embargo, se encuentra precisamente en la diversidad de sus recorridos y de sus hallazgos (Leyva 2000).

En un sentido amplio la cultura se entiende, hoy día, como modo de vida y forma de convivencia, que comprende los valores que la gente posee, las formas como se relaciona con los demás, sus saberes, sus tradiciones y la creatividad con que responde a situaciones nuevas (UNESCO 1998). Desde un punto de vista más sociológico, la cultura puede asumirse como el orden de vida en que los seres humanos confieren significados mediante la representación simbólica (Tomlinson 1999:21).

Aunque en principio existe un consenso general en considerar la cultura como el conjunto de las

realizaciones humanas, cuando se trata de abordarla en las sociedades actuales, es frecuente que su espacio pretenda ser reducido a las tradiciones populares, a la educación, y al arte. Por ello es preciso reiterar que la cultura involucra los valores, las conductas, las instituciones, los saberes y capacidades, entonces las dimensiones de la cultura se manifiestan en la política, la economía y la vida social en general.

Por otra parte, también la antropología moderna tiende a cuestionar la idea tradicionalista de la cultura. Porque si bien la cultura es un legado de tradición que viene del pasado, también lo es la dinámica con la que las generaciones vivas reciben los estímulos del presente y renuevan ese legado. Cabe decir que la cultura es un proceso activo mediante el cual los grupos humanos responden a necesidades colectivas del presente (véase recuadro I).

Desde el paradigma del desarrollo humano se entiende que el objeto de las estrategias de desarrollo lo constituye la ampliación de las oportunidades de las personas para la plena realización de sus potencialidades y el disfrute de sus libertades, y no simplemente el aumento de sus niveles de ingreso. Bajo esta óptica, la cultura es un medio para ampliar las opciones y libertades de las personas, pero también su disfrute: es una libertad en sí misma que debe ser garantizada por los procesos de desarrollo. Esta nueva concepción de la cultura lleva a que la misma pueda convertirse en un eje integrador de las intervenciones del desarrollo, a partir del reconocimiento de que el tejido social no es sólo el resultado de fuerzas socioeconómicas, sino que es esencialmente un producto de la dinámica cultural.

Tomar en cuenta la cultura en las acciones para mejorar la calidad de vida de las personas, implica adaptar los modelos de desarrollo a las instituciones, la historia y las tradiciones de las distintas sociedades. En la cohesión social que requieren las sociedades, la cultura tiene un papel relevante, por cuanto es un factor esencial en la formación y utilización del capital social. De ahí que la cultura sea un elemento clave en la lucha contra la pobreza y en la formación de valores en los que se funda y desarrolla una nación. Por ello no debe verse sólo como generadora de creación artística sino como depositaria de valores (Kliksberg 1999).

Así, la cultura puede ser vista como una plataforma para construir un nuevo modelo de relaciones humanas que hagan posible el desarrollo sostenible, para lo cual es condición ineludible la aceptación de la diversidad cultural y la aceptación del otro, como determinante de la convivencia social. El término “convivencia” procede del latín *convivere*, que significa reunir a las personas para

RECUADRO I

La cultura es un concepto

La cultura es un concepto, no una realidad. Se trata de una idea desarrollada en los dos últimos siglos, vinculada sustancialmente a nociones de solidaridad política, sobre todo a la de “Estado-nación”. Carece de sustancia o sabor, aunque es posible tocar o saborear muchas cosas que se califican como cultura.

En segundo lugar, la cultura como concepto expresa con frecuencia una contradicción: por una parte, desde una perspectiva histórica, incluye un programa político de homogeneización; supone que dentro de un lugar determinado o de un Estado concreto las personas actúan más o menos del mismo modo; y, afirma la identidad de un grupo estableciendo límites a su alrededor. Por otra parte, si se examina con detenimiento las pautas de comportamiento que se trata de delimitar, se observa que en realidad no son acotables y, lo que es más, cambian constantemente; Intentar trazar tales límites equivale a tratar de poner puertas al campo.

En tercer lugar, las dos cuestiones anteriores sientan las bases para el análisis de dos formas alternativas de entender el concepto de cultura: (a) la más consolidada consiste en considerar la cultura como algo heredado del pasado que debe conservarse: algo que está delimitado y que, en la medida de lo posible, debe permanecer así; (b) por otro lado, puede concebirse como una fuerza creativa que permite hacer frente al cambio y asumirlo. Este último enfoque contribuye a consolidar la solidaridad social dentro de los grupos. Sin embargo, en este planteamiento el sentimiento de unidad se basa en visiones comunes respecto al futuro, sustentándose en el pasado y en el presente para alcanzar los objetivos pretendidos; pero lo más importante es que tiende a atenuar los conflictos pues las personas están más dispuestas a admitir las diferencias y los cambios que las rodean.

Fuente: UNESCO 1998:74-75.

un banquete. Por su parte, “vivencia”, en español, significa adquisición de experiencia del mundo, por lo que “convivencia” no sólo significa vivir juntos, sino que puede ser también interpretada como compartir la experiencia de la vida. En tales términos, la convivencia podría servir como principio rector de la permanente transformación cultural que se advierte en la era de la globalización (Arispe 1998).

Repensando la cultura para el desarrollo de Honduras

Aparte de presentar la medición tradicional de las dimensiones del desarrollo humano, el INDH 2003 pretende aproximarse al estudio de algunos aspectos del proceso de transformación sociocultural que vive el país, con cierto énfasis en el abordaje del *ethos* de los hondureños, tanto en sus limitaciones como potencialidades para el desarrollo humano. Y sobre la base de esa aproximación plantear una serie de desafíos que desde la cultura se le presentan al desarrollo de

Honduras, enunciados en perspectiva de identificar elementos de políticas culturales para el desarrollo.

Se observa una desaceleración en el desarrollo humano. Nuevas y mayores intervenciones son requeridas para evitar un retroceso en los avances. Existen brechas notables en el nivel de desarrollo a nivel interdepartamental y municipal, así como diferencias según género, sobre todo en los ingresos, que sigue siendo el principal factor de desigualdad entre hombres y mujeres.

Los principales avances para el año 2003 se aprecian en las dimensiones de educación y levemente en salud, mientras que el ingreso tiende a disminuir

Los niveles de desarrollo en el país han presentado una tendencia creciente en los últimos 25 años; no obstante, al analizar los indicadores del año 1998 a 2002 se observa una desaceleración de este progreso. En este hecho hay que tomar en cuenta que a mayores niveles alcanzados de desarrollo humano, el ritmo de los logros tiende a disminuir, lo que implica que para seguir avanzando se requiere de nuevas y mayores intervenciones. Para el año 2003 Honduras muestra un valor del Índice de Desarrollo Humano (IDH) de 0.657, que al compararlo con el año 1998 (0.634) denota que el ritmo de crecimiento ha sido muy bajo. Los principales avances para el año 2003 se aprecian en las dimensiones de educación y levemente en salud, mientras que el ingreso tiende a disminuir (véase capítulo 1).

En la dimensión educativa se había venido logrando avances, sobre todo en alfabetización y matriculación en la primaria, pero los mismos no han sido suficientes para mejorar de modo significativo los niveles de desarrollo humano. Se advierte una desigualdad notable al comparar los años de escolaridad por deciles de ingreso: para el año 2003, en el primer decil de hogares (hogares con un ingreso mensual menor a Lps.3,000) las personas tienen en promedio 4.7 años de escolaridad, mientras que el dato correspondiente para las personas que se ubican en el décimo decil (hogares con un ingreso mensual mayor a Lps.27,000) es de 10 años. Cabe resaltar que otro de los problemas graves que presenta el sistema educativo nacional es la escasa cobertura en el nivel secundario, cuya cobertura neta a nivel nacional era de 22.7% en el año 2001.

Por su parte la dimensión de salud, medida a través del indicador de nutrición, no muestra los progresos necesarios para superar las condiciones desfavorables en que se encuentra la población. A pesar de la disminución que ha experimentado la desnutrición crónica al pasar de un 40.6% en 1997 a un 34% en el año 2003, ésta sigue siendo elevada, lo cual muestra que la población hondureña se ve

afectada por serias deficiencias nutricionales. Otro factor que hay que tomar en cuenta es la inequidad en la distribución geográfica, al observarse que para el año 2003 la desnutrición en las áreas rurales casi duplica a la de las áreas urbanas. Y a nivel departamental resalta la diferencia entre Islas de la Bahía que tiene una desnutrición del 12.2%, mientras Lempira e Intibucá superan el 60%.

En cuanto a la dimensión del ingreso, el producto interno bruto (PIB) por habitante sigue siendo el indicador con mayor rezago en el desarrollo humano nacional, ya que ha crecido muy lentamente durante los últimos cinco años, al pasar de USD720.8 en 1998 a USD774.2 para el año 2003. En adición, puede decirse que la sociedad hondureña no sólo enfrenta unas condiciones económicas y sociales que determinan un bajo nivel de ingreso per cápita, sino también una muy desigual distribución de los ingresos generados, ya que el 20% más rico de los hogares concentra el 54% del ingreso total, en contraste con el 20% más pobre de los hogares que apenas recibe un 3% del ingreso total.

De manera general, el país sigue manteniendo un patrón de desarrollo espacialmente desequilibrado, ya que se mantienen amplias brechas entre departamentos y entre municipios. Islas de la Bahía aparece como el departamento con el valor más alto del Índice de Desarrollo Humano, en tanto que Lempira es el que presenta el valor más bajo. Conviene resaltar que al comparar el IDH entre 1998 y 2003, algunos departamentos demuestran un retroceso en el valor del índice, como son Intibucá, Valle y Choluteca; y otros presentan ligeros avances, como es el caso de Copán, Santa Bárbara y La Paz. Considerando todo el país, a nivel intermunicipal el mayor contraste se encuentra al comparar el municipio de José Santos Guardiola en Islas de la Bahía, como el municipio con mayor desarrollo humano, y el municipio San Marcos de la Sierra en Intibucá, como el que menor progreso presenta.

Cabe mencionar que en el año 1998 había 79 municipios con desarrollo humano bajo, mientras que para 2003 el número bajó a 52. El hecho de que 27 municipios pasaran de un nivel de desarrollo humano bajo al nivel medio, se debe principalmente a una mejora en las tasas de alfabetización y a que la mayoría de estos municipios antes mostraban valores cercanos al límite superior del desarrollo humano bajo, y ahora han superado levemente dichos límites y se han situado en el desarrollo humano medio.

Honduras presenta un Índice de Desarrollo relativo al Género de 0.652, un valor levemente inferior al del IDH (0.657), lo cual indica una ligera desigualdad en perjuicio de las mujeres con

respecto al acceso básico a condiciones materiales de bienestar. En este Informe se aprecia que los departamentos y municipios que presentan mayores rezagos económicos y sociales son los que suelen tener mayores brechas en el desarrollo de capacidades entre mujeres y hombres.

Al hacer la comparación del IDH entre mujeres y hombres se refleja de manera directa la brecha entre los géneros en materia del desarrollo humano. Aunque a nivel del país no se observa una gran diferencia entre los géneros en el IDH, a nivel departamental se distinguen brechas significativas. La tendencia muestra que en casi todos los departamentos los hombres tienen un valor del IDH mayor que las mujeres, sobresaliendo el caso de Intibucá, que presenta la mayor diferencia porcentual (17.4%) entre el nivel de desarrollo humano de los hombres y las mujeres. Como excepciones a la tendencia aparecen los departamentos de Copán y Choluteca, en los que el IDH es mayor en las mujeres que en los hombres.

La relación de ingresos mujer/hombre es un indicador que revela un rezago significativo en Honduras, pues las mujeres, en promedio, sólo reciben un ingreso equivalente al 42% del que obtienen los hombres. Esta situación en el ingreso, junto con la escasa participación de la mujer en cargos de representación política, confirman que pese a los logros en salud y educación (es decir en cuanto a las capacidades) las mujeres presentan una marcada exclusión en el acceso a las oportunidades.

Aunque se ha destinado mayores recursos para el gasto social, este presenta un bajo nivel en comparación con la región latinoamericana. La sostenibilidad del gasto está en riesgo si no se mejora el desempeño económico y el nivel de captación de ingresos. Hay síntomas que reflejan que la recaudación tributaria ha venido desconsiderando el principio de equidad.

En el país se ha registrado un crecimiento sostenido del gasto social per cápita desde el año 1960 a 2002. En 1960 el gasto social per cápita era de USD5.8, elevándose a USD12 en 1979, sustancialmente a USD41 en 1980 y levemente a USD44 en 1990, y ya para finales de la década de los noventa alcanza un monto promedio de USD75.5 por persona. También es conveniente indicar que el gasto social ha registrado un incremento más acelerado que el gasto público total, generando, un aumento en la participación del mismo, al pasar de 25.4% en 1993 a 49.2% en 2002 (véase capítulo 2).

En valores constantes, durante el período 1992-2002, el gasto social ha venido creciendo

anualmente a un ritmo de 4.3%, superior al crecimiento anual promedio del PIB que fue de 3.1% en el período 1994-2002. En otras palabras, el gasto social ha venido creciendo en mayor medida que el mismo crecimiento del ingreso nacional, lo cual refleja una intención evidente de aumentar el gasto social durante el período.

Ahora bien, al comparar el gasto social per cápita en América Latina y el Caribe, resulta evidente el rezago que presenta Honduras con relación a esta región. Un estudio de CEPAL sobre el gasto social reflejaba que en los años 1998-1999, Honduras y Nicaragua eran los países de la región que mostraban el menor gasto social per cápita, muy por debajo de la media latinoamericana que en ese periodo era de USD560.

Acerca de la sostenibilidad del gasto, en los primeros años del nuevo siglo las finanzas públicas hondureñas han venido mostrando una relativa inestabilidad, que se manifiesta especialmente en un déficit fiscal elevado. Si bien este no es un fenómeno nuevo, se presenta en un momento histórico en el que sucesivos ajustes fiscales y disposiciones impositivas hacen más complicada la capacidad de la gestión financiera. En tales condiciones es necesario obtener más recursos que se destinen prioritariamente al gasto social y que eleven sus montos per cápita, a la vez que se tomen medidas para asegurar la eficiencia e impacto del mismo, de cara a los desafíos que plantea la *Estrategia para la Reducción de la Pobreza* (2001).

Los límites de la capacidad de sostenibilidad de los gastos sociales han estado determinados simultáneamente por el crecimiento del producto nacional y del comportamiento eficiente de los ingresos fiscales. En el primer caso, la falta de un crecimiento sostenido de la economía ha impedido al gobierno disponer de mayores recursos para destinarlo al gasto social. En cuanto a los ingresos fiscales, estos no han crecido lo suficiente como para cubrir el incremento de los gastos, a pesar del aumento de las tasas impositivas, de la ampliación de la base tributaria y de contribuyentes, así como de las mejoras realizadas a los mecanismos de recaudación.

El estancamiento en los ingresos tributarios se ha debido, principalmente, a las deficiencias en la administración tributaria, la proliferación de exoneraciones y exenciones y la falta de aplicación de medidas que combatan con efectividad la evasión fiscal, lo cual provoca distorsiones económicas significativas y complejidades administrativas que perjudican el control tributario.

Una de esas distorsiones ha sido el rompimiento del principio de equidad tributaria, por cuanto los análisis revelan que aquellos sectores que más pagan impuestos no son necesariamente los

Es necesario obtener más recursos que se destinen prioritariamente al gasto social y que eleven sus montos per cápita, a la vez que se tomen medidas para asegurar la eficiencia e impacto

mismos que más utilidades obtienen, mostrando un problema de regresividad que padece el sistema tributario nacional. Se ha encontrado que en los últimos años el ingreso no solamente reveló un patrón hacia una mayor concentración en lo referente a su distribución, sino que a medida que se incrementa el nivel de ingresos de las familias, el porcentaje que se dedica al pago de impuestos se reduce.

En esas condiciones, la futura expansión fiscal a través de nuevas medidas impositivas es inviable tanto política (por el desgaste causado por los sucesivos *paquetes* impositivos y el crecimiento de la oposición popular a los mismos) como técnicamente, ya que el aumento de los ingresos por la vía del aumento de la tributación no sería factible debido a que se estaría castigando a la misma masa de contribuyentes que actualmente paga sus impuestos, lo cual podría ensanchar aún más la evasión fiscal y generar pérdidas del poder adquisitivo de los contribuyentes.

Como contraparte, los fondos externos (provenientes de préstamos y donaciones) han tenido una participación menor en el financiamiento del gasto público, y su tendencia ha sido declinante, excepto en el período 1999-2001 que se incrementó sustancialmente a raíz del programa de reconstrucción por efecto del huracán Mitch. Este tipo de financiamiento muestra la particularidad de que se destina mayormente a atender prioridades sociales, pero los proyectos y programas que lo sustentan muestran un reducido nivel de ejecución, por lo que es preciso fortalecer las capacidades de ejecución de los entes públicos para ejecutar de manera eficiente y expedita los recursos provenientes de fuentes externas.

En este contexto, el gasto público total ha venido superando ampliamente los ingresos públicos totales, lo cual ha generado una situación de desequilibrio fiscal expresado en un creciente déficit fiscal y en la tendencia declinante del ahorro en cuenta corriente del gobierno central en los últimos cinco años.

En el horizonte financiero del Estado, muy pocas posibilidades se presentan para sortear esta situación, siendo una de ellas las expectativas de la iniciativa HIPC y otras iniciativas de la cooperación internacional. En tales circunstancias, la exigencia de equilibrio fiscal es tanto una exigencia interna que el gobierno hondureño debe afrontar, como un compromiso a cumplir con los organismos financieros internacionales. La búsqueda de un equilibrio fiscal plantea el desafío de encontrar vías de acción que reduzcan los ajustes por la vía impositiva con carácter regresivo o por medio de restricciones del gasto a rubros de prioridad social.

Del análisis presentado sobre el gasto social se

desprende que es importante diseñar sistemas de evaluación de la gestión pública social que verifiquen permanentemente su eficacia, eficiencia y equidad en el desarrollo, así como impulsar procesos presupuestarios y sistemas institucionales que potencien la captación de ingresos y el destino prioritario del gasto social, ayudando a reducir las inequidades y, por ende, asegurar los fines redistributivos.

Ya no existe la sociedad rural pura por la que se caracterizó Honduras, pero tampoco se observa una sociedad urbana consolidada. Urge revalorizar el papel de lo rural así como revertir los efectos de la urbanización precaria.

La historia de Honduras muestra un país que ha cambiado en los últimos siglos su conformación cultural y que sigue experimentando cambios visibles. Ha sido un proceso de renovación permanente de la propia población, de sus prácticas cotidianas y de sus modos de vida: del pasado indígena mágico religioso al católico colonial, de la minería y la ganadería, a la república bananera y a la maquiladora del presente; de asentarse la mayoría de su población en las tierras del occidente y luego poblar el centro y el sur, para después extenderse hacia la zona norte y la costa caribeña; de las lenguas indígenas a la lengua española, y ahora con influencias del inglés, de la cultura estadounidense, así como de la cultura de masas (véase capítulo 3).

El proceso de conformación sociocultural ha tenido como externalidad negativa la conformación de una sociedad que ha tendido a la fragmentación territorial y sin una sólida identidad compartida entre sus habitantes. Esta fragmentación territorial ha sido vista a lo largo de la historia nacional como una causa importante para explicar la dispersión poblacional, la incomunicación y la ausencia de un sentido de nación, de una territorialidad compartida o de una cultura predominante. Sin embargo, no puede desconocerse que en las últimas décadas, mejoras evidentes han hecho posible integrar más el país, aunque persisten zonas apartadas de los principales flujos de intercambio que se dan en el territorio hondureño.

Hasta la década de los cincuenta del siglo XX, en Honduras no se notaban grandes contrastes entre lo urbano y lo rural, las ciudades en su mayoría habían sido más bien pequeñas islas en el campo. De manera que cuando comienza la urbanización extensiva, el *continuum* rural-urbano se abre y se produce un flujo poblacional y simbólico en el que lo urbano tiende a quedar enlazado al *ethos* rural dentro del espacio de las ciudades, produciéndose así un fenómeno de hibridación.

El crecimiento acelerado de la urbanización comenzó a sucederse desde los años sesenta del siglo pasado, de tal forma que en la dinámica entre la población rural y urbana, se puede apreciar que actualmente Honduras es el país de Centroamérica que presenta el mayor ritmo de crecimiento urbano. Para 1988 la población urbana era de un 42% y la rural del 57.8%. En el año 2001 el segmento urbano poblacional creció a un ritmo de 3.4%, tasa superior a la demográfica (2.8); tal crecimiento significó que el volumen poblacional de residentes urbanos alcance ahora un 46% frente a un 54% que reside en áreas consideradas rurales.

Las características de la administración del territorio nacional tienden a reforzar procesos diferenciados de desarrollo. En el país se da una gran dispersión de la población, lo cual dificulta su acceso a los proyectos sociales y a la infraestructura que viabilice su conexión directa con los procesos urbanos. Uno de los factores asociados con la diferenciación entre lo urbano y lo rural se puede observar en el hecho de que el área rural, en promedio, tiene la mitad de años de escolaridad que tiene el área urbana, lo que refleja una desigualdad sustancial. Asimismo, los departamentos con las menores tasas de analfabetismo son los que tienen mayor proporción de población urbana: Atlántida, Cortés, Francisco Morazán e Islas de la Bahía. Por el contrario, son los departamentos más rurales los que tienen las tasas de analfabetismo más altas (Lempira, Intibucá y Copán).

En cuanto al proceso de urbanización ocurrido en el país, se observan limitantes que inciden para que a medida que las poblaciones hondureñas crecen y se expanden, más que el florecimiento de ciudades lo que se aprecia es el surgimiento de asentamientos desprovistos de las condiciones básicas de un *hábitat* acorde al desarrollo humano. La urbanización en sí misma presenta una serie de distensiones que se manifiestan, entre otros rasgos, en la precariedad de la infraestructura física urbana, el peso del trabajo por cuenta propia, el incipiente desarrollo de la institucionalidad en la propiedad inmobiliaria, y lo rudimentario de la productividad del trabajo en las áreas modernas de la economía.

Resulta pertinente señalar que debido a ciertos impulsos de movilización de la población en Honduras, se ha creado un país de migrantes interdepartamentales, acompañado de un significativo porcentaje de emigración internacional. Esta dinámica genera un reacomodo de la cultura tradicional hondureña y reafirma la hibridación urbano-rural en los comienzos del siglo XXI. Por lo que, sin perjuicio de los obstáculos y efectos negativos, la cultura hondureña se ha transformado de una sociedad predominantemente rural, a una sociedad en la que van surgiendo

múltiples vínculos entre los núcleos rurales y urbanos que suponen transformaciones tanto en el campo económico como en el sociocultural.

Dentro de esta dinámica de urbanización acelerada, es prioritario evitar una degradación social del medio rural, para lo cual se sugiere revalorizar y asignar nuevas funciones a este ámbito, mediante políticas que redefinan lo rural y aseguren que este espacio pueda servir, entre otros atributos, como factor de equilibrio ecológico y de producción de paisajes o de recreación (servicios ambientales) y como fuente de conocimiento y de reserva de las identidades culturales.

A partir del análisis de los fenómenos antes descritos, el Informe plantea que Honduras no es más la quieta sociedad rural de los siglos pasados, sino una sociedad en transición en la que los individuos todavía viven su experiencia cultural en el *continuum* rural-urbano, sin llegar a internalizar por completo ni el *ethos* rural ni el urbano. Es a partir de esta necesidad de internalización de los cambios socioculturales experimentados en las últimas décadas, que es importante estudiar el imaginario y la subjetividad de los hondureños y las hondureñas sobre su propia cultura.

Si bien Honduras vive un intenso proceso de transformación sociocultural, existe un imaginario con actitudes y valores más conformistas que innovadores. Sin embargo, la principal característica percibida por los hondureños es la de ser trabajadores.

A pesar de los cambios hacia una sociedad industrializada y modernizada, los hondureños y las hondureñas no han internalizado estos cambios totalmente, pues las percepciones muestran actitudes y valores más tradicionalistas que innovadores o de transformación. Las tendencias a la apatía, a la pasividad y al conformismo podrían obstaculizar los esfuerzos a favor del desarrollo humano, pero al mismo tiempo es persuasiva la denuncia de estas actitudes, en cuanto hace pensar en una actitud autocrítica que hace un llamado enérgico por superar tales resabios (véase capítulo 4).

A partir de los resultados de una encuesta de opinión sobre características de los hondureños y hondureñas, el Informe intenta una aproximación a los rasgos que definen el *ethos* cultural en el país. En lo que se refiere a la dinámica cultural, se muestran percepciones conservadoras al menos en tres ámbitos relevantes de las conductas sociales: en la *alta valoración del pasado* y de las tradiciones culturales hacia los que los hondureños muestran un singular apego; en la *conformidad con el status*

Actualmente Honduras es el país de Centroamérica que presenta el mayor ritmo de crecimiento urbano

En el imaginario colectivo hondureño parece existir una cierta complacencia con las condiciones actuales de vida, pese a los marcados rezagos que existen en el país en torno al desarrollo

quo, que se expresa en niveles significativos de satisfacción con las condiciones sociales, aún tratándose de un país calificado entre los últimos en desarrollo en el continente; y, en la *preeminencia de comportamientos pasivos* que pueden estar erosionando o disolviendo iniciativas a favor del desarrollo.

La aprehensión hacia el pasado se puede vincular, de alguna manera, con las valoraciones de la vida en el transcurso del tiempo, las cuales apuntan hacia una actitud nostálgica a tono con la frase “todo tiempo pasado fue mejor”, combinada con cierta incertidumbre hacia el futuro, propio de una sociedad en transición. Una mayoría de los encuestados (72.4%) considera que “la vida era mejor en el pasado para los hondureños”, mientras los demás se dividieron casi equivalentemente entre los que opinan que “es mejor el presente” y los que opinan que “será mejor el futuro”. El apego al pasado y a la tradición pone de manifiesto cierta resistencia a perder lo que se tiene y que se considera valioso, y tiene como corolario un cierto temor por el futuro, lo cual puede desincentivar las transformaciones sociales en la medida en que la resistencia al cambio evite la asunción de riesgos para alcanzar un futuro mejor.

En el imaginario colectivo hondureño parece existir una cierta complacencia con las condiciones actuales de vida, pese a los marcados rezagos que existen en el país en torno al desarrollo. Para superar las condiciones concretas de la pobreza del país, quizás se requiera de actitudes más decididas de rechazo de lo negativo (malestar), pero de igual manera esta percepción implica reflexionar sobre la idea de que el bienestar depende no sólo de elementos concretos sino de una complacencia con las condiciones de vida.

Existe al parecer una racionalidad que privilegia los vínculos familiares y las relaciones interpersonales por encima de los intereses económicos, lo cual puede considerarse característica de las sociedades tradicionales, y que puede resultar imprescindible en la tarea de orientar el desarrollo en el país. En promedio, un 60% de los encuestados se reconoce satisfecho o muy satisfecho con sus condiciones de vida. La mayor satisfacción se observa en el aspecto de salud (74.5%), seguido por las condiciones de vivienda (69.8%) y educación (61.8%). Los resultados de este estudio, coincidentes con otras investigaciones, indican que siguen siendo las condiciones relacionadas con seguridad e ingreso que muestran menores niveles de satisfacción (42.3% y 50.7%, respectivamente).

Sobresale el hecho de que el rasgo más identificado por los encuestados para definir a los hondureños es el de ser “trabajadores”, pero otras de las características más opinadas expresan que

los hondureños son “haraganes” y “conformistas”. Sería pertinente indagar sobre la racionalidad del trabajo en la población hondureña, para identificar los elementos que estarían impidiendo que esta autoidentificación positiva de ser trabajadores se concrete en comportamientos emprendedores e innovadores.

La representación de una cultura común en las percepciones de los hondureños y las hondureñas se puede identificar en algunos elementos tangibles: los encuestados ligan su idea del país a los símbolos patrios, por ejemplo la bandera, el himno y el escudo; a las ruinas de Copán; y, luego a la selección de fútbol. Es interesante subrayar que los aspectos culturales con los cuales se relaciona más la idea del país responden al imaginario moderno que se ha tratado de construir desde el Estado a partir de finales del siglo XIX hasta el presente, y no tanto con los elementos que surgen de las propias formas de vida o de las prácticas cotidianas.

La existencia de estos aspectos de una cultura común creados ideológicamente se ve reforzada por una percepción de cierta uniformidad entre la población hondureña. La gran mayoría de los encuestados, un 85%, se siente “nada” o “poco diferente” de los demás hondureños y hondureñas, lo que a *priori* hace suponer que existen condiciones favorables para facilitar la cohesión social. Sin embargo, el que prevalezca la idea de una sociedad en apariencia uniforme no puede considerarse del todo favorable para el país, en tanto habría que indagar si esta percepción estaría o no inclinándose a ignorar la heterogeneidad de intereses y grupos sociales que en él convergen.

Existe una presencia activa o emergente de nuevas formas de identidad sociocultural que, sin rivalizar necesariamente con la de la nacionalidad, podrían tener un potencial favorable para la ampliación de la participación, para la extensión de los derechos humanos y la democratización. Son las identidades de los pueblos indígenas y negros de Honduras, las identidades de las mujeres y de los pobres, las identidades que revitalizan lo local y las diversas identidades religiosas. Es revelador que una de las formas de identidad activa que sobresale de los resultados del estudio es la que tiene que ver con el ámbito territorial, la cual supera la identificación con el ámbito étnico, religioso, organizacional y de clase social: un 62.9% considera que la población hondureña se identifica más con el lugar donde vive (la aldea, el municipio, el departamento o la región).

La desconfianza es uno de los principales problemas que estaría afectando la integración de la población. Las relaciones de convivencia entre la población hondureña están mediadas por una serie

de factores tales como la desconfianza y las discriminaciones. Como se ha mostrado en varios estudios, las personas en su mayoría manifiestan bajos niveles de confianza y de solidaridad para solucionar los problemas de la comunidad. En cuanto a la discriminación, la más percibida es la que se da por la condición de pobreza u origen social.

Más allá de la fortaleza que muestra el tradicionalismo en varios sectores de la población, existen indicios notables de que en Honduras existe una fuerza cultural dinámica y cambiante que amerita ser estudiada a fondo. Para lograr un papel constituyente de la cultura en el desarrollo, es necesario contrarrestar las marcadas actitudes de pasividad y conformismo, las distintas formas de discriminación, y los bajos niveles de confianza entre las personas, factores que en su conjunto no generan “un modo de vida y un modo de vivir en comunidad” que propicie el desarrollo humano. Empero, es conveniente potenciar esa percepción en el imaginario que identifica a la población hondureña como una sociedad noble, austera y trabajadora.

A pesar de sus bajos niveles de ingreso, la dimensión de la salud presenta en Gracias a Dios niveles superiores al promedio nacional. Este departamento cuenta con recursos naturales y culturales abundantes y diversos que pueden contribuir significativamente al desarrollo del país. Para lograrlo es prioritario que las estrategias de desarrollo reconozcan su diversidad étnica y cultural e incluyan mecanismos para utilizar el capital social existente.

El hecho de que el Índice de Desarrollo Humano (IDH) del departamento de Gracias a Dios muestre un nivel ligeramente mayor que el promedio nacional, puede parecer extraño por el hecho de que este departamento tiene una problemática particular relacionada con su ubicación y condiciones geográficas e infraestructurales. Es por ello que resulta pertinente analizar las distintas dimensiones de este índice, así como acercarse a las características y orientación del capital social en esta región del país (véase capítulo 5).

Los logros en el desarrollo humano. Es el indicador en la dimensión de la salud el que presenta mayor logro y contribuye a que el departamento se ubique en un desarrollo humano medio, incluso arriba del promedio nacional. Sin embargo, es importante aclarar que para los efectos de la construcción del índice en Honduras, la dimensión de la salud se mide por el indicador

desnutrición crónica en la niñez (medida por peso por talla en escolares del primer grado, entre 6 y 9 años de edad). En ese sentido, una posible explicación al hecho de que la desnutrición crónica no sea tan alta en el departamento, es que existe una cultura y acceso de alimentación más variada y nutritiva que en el resto del país en general, que reduce la incidencia de la desnutrición crónica. Asimismo, el departamento se ha visto beneficiado con proyectos como el de merienda escolar del Programa Mundial de Alimentos (PMA) y durante los últimos años el Fondo Hondureño de Inversión Social (FHIS) ha ejecutado proyectos de alimentos por trabajo.

Según los resultados de un estudio del PMA, Gracias a Dios es el único departamento del país en el que todos los municipios incluidos en el estudio muestran una baja vulnerabilidad alimentaria por disponibilidad de alimentos; sin embargo, este departamento presenta un riesgo más alto en lo que se refiere a las condiciones climáticas y una vulnerabilidad alimentaria alta por el acceso económico, el bajo nivel tecnológico, el tipo de consumo y forma de utilización de los alimentos.

En el departamento ha habido una inversión permanente en el campo educativo. Aunque, al igual que en el resto del país, los problemas relacionados con educación no son tanto de cobertura, sino más bien relacionados con la permanencia, la repitencia y la calidad de la enseñanza - factores que no se pueden observar en la dimensión de educación del IDH. En cuanto al ingreso, los principales problemas en el departamento son la falta de fuentes de empleo por la poca presencia empresarial e institucional, y la falta de mercado, por el difícil y costoso acceso que dificulta la venta de los productos agrícolas y ganaderos de los campesinos.

De ahí que en Gracias a Dios, el ingreso es la dimensión más postergada de las tres que se utilizan para calcular el Índice de Desarrollo Humano. En efecto, el índice PIB en Gracias a Dios ha mostrado fluctuaciones, pero se ha quedado estancado desde finales de los noventa.

Un departamento multiétnico y con una biodiversidad notable. Gracias a Dios es el departamento con mayor conformación multiétnica en el país, en donde también se habla una variedad de idiomas y posee tradiciones y costumbres distintas a las de la mayoría de los hondureños. Todavía se mantienen las identidades culturales particulares de cada grupo, aunque han cambiado en el transcurso del tiempo por la influencia, mezcla y desarrollo que se han dado para consolidar la cultura tradicional con los nuevos impulsos externos.

Existe un orgullo considerable de la identidad

La desconfianza es uno de los principales problemas que estaría afectando la integración de la población

Es preciso buscar un balance que permita la autodependencia y autogestión de los pueblos, sin que ello implique su aislamiento

étnica en cada uno de los grupos incluidos en el estudio. De las personas que se han entrevistado, un total del 84.4% siente el mismo orgullo de su identidad étnica, aunque entre los ladinos hay una mayoría que no tiene esta misma sensación. La aceptación y reconocimiento de las distintas culturas que se han dado tanto al nivel nacional como internacional durante los últimos cincuenta años, han apoyado el fortalecimiento de la identidad cultural de los diferentes grupos, y han fomentado el sentido de orgullo, sin descartar la identidad hondureña.

Las personas en la Mosquitia sienten que viven en condiciones distintas a las del resto de Honduras, no solamente por su pertinencia étnica, sino también por las características naturales y geográficas de la zona que habitan. Aunque es una zona con muchos problemas en cuanto al desarrollo, se observa un alto grado de optimismo y satisfacción entre las personas que viven en ella.

Sin embargo, parece existir una ambivalencia en torno a los recursos que poseen y la capacidad de aprovecharlos de manera creativa y sostenible. Así, se observa un cierto sentimiento de incertidumbre en cuanto a las capacidades propias dentro del mismo departamento, y en algunos lugares esto también se ve reflejado en la dependencia hacia agentes externos para el avance de su propio desarrollo. La confianza en la propia capacidad para hacer su comunidad crecer y avanzar hacia adelante es bastante baja.

El capital social en Gracias a Dios revela contrastes interesantes. Desde una perspectiva comparada, vale la pena resaltar que se observa una pequeña diferencia entre el índice de capital social en las comunidades de Gracias a Dios estudiadas en el año 2003 y los municipios estudiados en Francisco Morazán, Santa Bárbara, El Paraíso y Lempira en el año 2002. Al ver los diferentes componentes del índice, se observa que la mayor diferencia se encuentra en la confianza institucional y en la confianza interpersonal generalizada, las cuales presentan valores mucho más altos en Gracias a Dios que en los departamentos estudiados en el año 2002. Aunque con una menor diferencia, también la participación en asociaciones formales resulta ser mayor en Gracias a Dios. En contraste, las comunidades estudiadas en Francisco Morazán, El Paraíso, Lempira y Santa Bárbara muestran, aunque por escaso margen, un mayor nivel en las dimensiones de la solidaridad comunal y de la participación en redes informales.

Debido a que no se cuenta con estudios históricos sobre los niveles de capital social en las diferentes comunidades estudiadas, es difícil presentar conclusiones con respecto a cómo ha venido cambiando la existencia y uso del capital

social. Sin embargo, a partir del balance entre el presente y el pasado que refieren las personas entrevistadas, la percepción se inclina a señalar que los esfuerzos actuales se dificultan por la disolución de la responsabilidad colectiva y por los efectos que provoca en las expectativas que se tienen con respecto a la ayuda externa, factores que al parecer estarían incidiendo en un desempoderamiento de los miembros de las comunidades.

La necesidad de una política que propicie la ciudadanía multicultural. En el diseño y ejecución de políticas, programas y proyectos de desarrollo de las comunidades étnicas, se identifican diversos obstáculos relacionados con la ausencia de estrategias de participación, de desarrollo institucional y de diversificación cultural en los programas y proyectos con los pueblos indígenas. Por estas carencias es importante que se dirijan esfuerzos sistemáticos que superen la brecha entre la política actual y la consideración a la dimensión cultural de los pueblos indígenas. Es preciso buscar un balance que permita la autodependencia y autogestión de los pueblos, sin que ello implique su aislamiento hacia el resto de la sociedad.

Para lograr ese equilibrio, que desde todo punto de vista es siempre cambiante, se tiene que considerar las particularidades de cada pueblo, a fin de alcanzar consensos sostenibles sobre las necesidades y prioridades para el desarrollo de cada grupo, sin renunciar a la idea de vinculación e integración -que no asimilación- con el proceso de desarrollo nacional. En ese sentido, tomar en cuenta la cultura significa incorporar en la dinámica social la diversidad con la que cuenta el país y, por lo tanto, reconocer los rasgos y cosmovisiones que históricamente han definido a los diferentes pueblos étnicos del país (por ejemplo: idioma, significado de la tierra y del trabajo, lo lúdico, lo gastronómico, las tradiciones orales, entre otras).

También es necesario que se dé importancia a los problemas de integración que la migración hacia ese departamento comporta. Sin perjuicio de las medidas de protección de las zonas naturales, también deben tomarse medidas para articular en la diversidad a los habitantes nativos de Gracias a Dios con las personas que provienen de otras regiones del país. En esa óptica merece atención urgente la búsqueda de soluciones eficaces a: el avance de la frontera agrícola por parte de los nuevos colonos, la tala ilegal de los bosques para el comercio de la madera de la zona por parte de personas ajenas al departamento y a veces al país, la explotación de los buzos y pescadores, entre otras.

Desafíos sociales como el VIH/SIDA, el asociacionismo en maras y la corrupción, presentan una dinámica expansiva y multiplicadora que está lesionando el tejido social. Es necesario considerar el sustrato cultural de estos fenómenos.

El paso de una sociedad tradicional a una que se interne en la modernidad es un proceso que sin las mediaciones de la cultura, y particularmente de la educación, puede ser muy costoso y dilatado. En este sentido, los desafíos socioculturales entrañan la tarea de escudriñar en la racionalidad que legitima una determinada creencia, actitud o proceder (véase capítulo 6).

El arriesgarse a contraer una enfermedad todavía incurable, a pesar de tener conocimiento de ella, la búsqueda de referentes identitarios y de solidaridad en la subcultura de la mara, y la legitimación de la corrupción como elemento condicionante del sistema político y económico, son fenómenos que se ven fortalecidos por una densa trama de concepciones que tienden a desvalorizar el sentido de lo público y el sentido de la vida y de la integridad personal, así como el respeto al otro y la tolerancia a la diferencia.

El VIH/SIDA, como reto para el desarrollo humano. En contraste con otras enfermedades graves en Honduras, como la tuberculosis y la malaria, el VIH se transmite en la mayoría de los casos como un resultado de la conducta individual. La causa, y entonces la solución a la epidemia de VIH/SIDA en Honduras, depende en buena parte de la cultura, que influye en la conducta de los individuos y en las percepciones comunitarias. Además, distinta de otras enfermedades, el VIH/SIDA conlleva una discriminación y estigmatización que también tienen raíces atribuibles a aspectos culturales.

Honduras presenta la tasa de prevalencia de VIH/SIDA más alta en Centroamérica, y la quinta de América. Aunque Honduras registra solamente el 17% de la población en América Central, el país presenta el 43% de los casos de VIH/SIDA. De los casos registrados, se advierte algunos patrones en cuanto a la distribución de VIH/SIDA según el área geográfica, edad y sexo. La mayoría de casos se reporta en la población económicamente productiva y reproductiva (20-44 años) y en las zonas de mayor desarrollo del país. También es importante visualizar el proceso de feminización de la epidemia, ya que del total de casos reportados en 1986, un 30% se presentaba en mujeres, mientras que en 2003 esa cifra alcanzaba un 47%.

Desde su aparición en el país en 1985, la experiencia de la epidemia ha afectado especialmente a algunos grupos vulnerables, como son los

hombres que tienen sexo con hombres, las trabajadoras comerciales de sexo y la población garífuna, cuyos casos no llegan a ser la mayoría del total de personas que viven con el VIH/SIDA, pero sí presentan a nivel de grupo tasas de prevalencia significativamente más altas que la población en general

Durante los últimos años se han desarrollado en el país campañas importantes de información y educación sobre el VIH/SIDA que, pese a sus logros, todavía se enfrentan a grandes obstáculos para revertir la incidencia. Se advierte que dentro de ciertos grupos, aunque las personas tengan por lo general un conocimiento adecuado sobre la prevención y protección, el comportamiento para evitar el riesgo no cambia necesariamente.

El VIH/SIDA es más que una enfermedad, es un problema social que incide en el desarrollo humano. Es importante enfatizar que si no se da la atención debida a este fenómeno, Honduras corre el riesgo de entrar en un círculo vicioso que merme aún más sus posibilidades de superar la pobreza. Al aumentar la incidencia de la enfermedad, aumentan los impactos sobre la economía, y éstos suelen ser difíciles de contrarrestar. La pérdida en productividad y el aumento de los costos de salud para atender a las personas infectadas debilitan el crecimiento de las sociedades. La epidemia provoca trastornos al tejido social, implica violaciones a los derechos humanos por la vía de la discriminación y el desamparo, destruye el seno de las familias, introduce una sensación de fatalismo en la sociedad que puede repercutir gravemente en la construcción de un destino colectivo que mejore las condiciones de vida de la gente.

En Honduras sigue vigente el desafío de cerrar la brecha existente entre conocimiento y comportamiento. Para cerrar esa brecha se requiere un enfoque que tome en cuenta la cultura. Los mensajes culturales tienen que ser diseñados específicamente para los diferentes grupos; no sólo grupos étnicos, sino las subculturas que coexisten en el país, que generalmente constituyen los grupos más vulnerables por estar expuestos a comportamientos de mayor riesgo y a la marginalización social.

La mara: un fenómeno para repensar la sociedad construida. El estrecho abanico de oportunidades que se genera para la mayoría de la niñez y la juventud es un factor que incide directa o indirectamente en el sentido de destino y certidumbre de este grupo poblacional, que constituye el 65% de la población del país. Aparte de las limitadas opciones de bienestar social disponibles, resulta evidente la insuficiencia de espacios de socialización que favorezcan la construcción sostenida de valores ciudadanos en

El VIH/SIDA es más que una enfermedad, es un problema social que incide en el desarrollo humano

La salida de los jóvenes del mundo de la violencia y las maras no es fácil, aún para aquéllos que quieran hacerlo

los adolescentes. Así pues, se advierte una falta de referentes capaces de satisfacer las necesidades de individualización, identificación y pertenencia grupal que tienen los jóvenes.

La mara es un fenómeno esencialmente urbano, estrechamente ligado al producto de las grandes aglomeraciones sociales urbanas y, mayoritariamente, de los barrios y colonias en donde viven los jóvenes con bajos ingresos. La mara comienza siendo para algunos un escape o un espacio de diversión y de “protección”, pero que, por lo general, luego los implica en la secuela de la violencia y el crimen. Junto a la pobreza, aparecen otros aspectos relacionados que afectan las condiciones actuales en que se encuentran los jóvenes en riesgo, como la migración constante de los padres de familia a otras ciudades y países desarrollados, fenómeno que se asocia también con la desintegración familiar y el desarraigo.

La salida de los jóvenes del mundo de la violencia y las maras no es fácil, aún para aquéllos que quieran hacerlo. Se enfrentan a una doble amenaza: por una parte, la de sus compañeros de pandilla que no suelen tolerar la desertión de sus integrantes; y por la otra, la de la sociedad en general, que tiende a estigmatizar y discriminar al joven que presenta características de pertenecer o haber pertenecido a una pandilla. Aunque existen algunos esfuerzos, sobre todo de parte de algunas iglesias y organizaciones de voluntariado, para un joven que se sale de la mara son limitadas las opciones de reinsertarse en la sociedad. He aquí un reto ingente para el Estado en materia de políticas de juventud.

El acceso a la educación es uno de los factores relacionados con el fenómeno de la asociación de jóvenes en maras, ya que la cobertura en la educación media es notablemente menor que en la de primaria y el sistema educativo hondureño no tiene la capacidad para llevar y retener a los adolescentes a la educación secundaria, con lo que una buena parte de las oportunidades de bienestar son así restringidas para ellos. Al darse limitaciones en las oportunidades educativas, la juventud carece de las herramientas idóneas para incorporarse al ámbito laboral; esto favorece un entorno de exclusión en el que la juventud del país está cada vez más expuesta a quedar al margen de las oportunidades laborales no precarias. Del total de las personas desempleadas en el país para 2003, el 50.3% era de jóvenes entre edades de 15-24 años.

Las respuestas visibles que la sociedad hondureña busca para solventar los problemas relacionados con las maras y pandillas se inclinan más por la opción represiva que por la de la integración. Si bien se requiere de firmeza para procurar el orden público, desde la óptica del paradigma del desarrollo humano se puede

anticipar que un desconocimiento de la dimensión multicausal del fenómeno puede llevar a que las acciones que hoy se privilegian sólo sirvan como paliativo temporal y no resuelvan el efecto acumulativo que la desigualdad social y la pérdida de referentes éticos y morales pueden causar al país. Entre otros retos, es urgente revertir el proceso de deterioro de los espacios básicos de socialización, la segregación por estratos de la vida urbana y la aculturización de los jóvenes.

La corrupción: una práctica que erosiona el tejido social. Sin perjuicio de otros factores asociados a su explicación, la corrupción se presenta como un fenómeno con un fuerte sustrato cultural que legitima su presencia en la sociedad; de ahí la importancia de la subjetividad para comprender la dinámica de la corrupción. Existen indicios para suponer que hay una opinión de rechazo a la corrupción en el país, pero a la vez parece prevalecer una actitud social de permisividad y cierta complicidad ciudadana con la misma.

Esta aparente disonancia merece ser estudiada a fondo, por cuanto subyacen en ella patrones culturales que modelan y vuelven permisiva la corrupción. En Honduras, la corrupción está perjudicando la consolidación de la democracia, sobre todo porque puede debilitar la efectividad de los gobiernos, restándoles legitimidad en el largo plazo. La corrupción también está dañando las posibilidades de desarrollo económico y social, en la medida en que limita la potencialidad del crecimiento económico y la redistribución equitativa del ingreso. Las prácticas corruptas están desintegrando la sociedad al erosionar el erario nacional y propiciar una concentración de la riqueza que termina perjudicando a la mayoría de la población.

En Honduras suele reconocerse que la corrupción se ha convertido en uno de los problemas que más afecta a la sociedad y en uno de los principales temas de preocupación que ha venido ocupando el espacio público, al grado que se manifiesta de forma recurrente en los medios de comunicación y en los debates en la esfera pública. Un 63% de los hondureños y las hondureñas considera que la corrupción está generalizada en el país, y uno de cada cinco hondureños considera que ha sido víctima de actos de corrupción. Además, la corrupción se percibe como uno de los problemas más grandes que enfrenta el país, sólo detrás de la pobreza y la inseguridad pública.

En la aproximación realizada desde este Informe, la imagen social presenta elementos de un rechazo manifiesto hacia la corrupción, la cual se percibe como un problema que tiene una fuerte raigambre

en la sociedad y que daña la convivencia social. La corrupción en Honduras está tan extendida que no se asocia con un fenómeno aislado, al contrario, es percibida como un fenómeno que ha evolucionado en el tiempo y ha permeado la institucionalidad del Estado, al grado de institucionalizarse por sí misma, provocando el debilitamiento y deterioro progresivo de las entidades públicas, lo cual destruye las bases sociales y políticas del Estado democrático. La idea de que la corrupción está insitucionalizada es capaz de alterar las pautas del comportamiento social, por cuanto puede reforzar contravalores que finalmente son aceptados como puntos de referencia en la sociedad.

Los resultados del análisis de la representación social que se realizaron para los efectos de este Informe revelan que, si bien prevalece una percepción crítica, también se observan elementos contradictorios que se expresan en la actitud social hacia la corrupción y hacia los corruptos. Dicha contradicción se refleja, por ejemplo, en que existe cierta actitud caracterizada por la complicidad ciudadana con la corrupción y con los corruptos, la cual se ve reforzada en el trato social de admiración, sumisión y servilismo hacia estos últimos.

De manera específica, la pérdida de valores es un aspecto frecuentemente asociado con los costos intangibles de la corrupción, en la medida en que ésta debilita los vínculos sociales y facilita la pérdida de referentes sociales y, así, contribuye a la emergencia de actitudes y contravalores que dificultan articular una visión de país y plantearse un proyecto de largo plazo. Revertir la pérdida de valores pasa por modificar las actitudes individuales mediante la asunción de una responsabilidad personal en la que el respeto de los bienes públicos se vuelva un hábito arraigado en los hondureños y hondureñas.

Para generar un cambio de actitudes y valores es preciso, por parte de la ciudadanía, asumir una actitud crítica y un compromiso de denuncia y combate de la corrupción. Otros desafíos se relacionan con el imperativo de contar con un sistema administrativo público que sea cada vez más transparente, expedito y confiable, acompañado de una mejora sustancial del sistema de justicia para reducir los niveles de impunidad y sentar precedentes de condena que desestimen por esta vía las prácticas corruptas. No se puede dejar de mencionar la necesidad de que los medios de comunicación fortalezcan sus esfuerzos para dar un seguimiento profesional y sostenido a los casos de corrupción.

Ciertos valores y actitudes culturales pueden pesar para alcanzar un crecimiento económico sostenido. Una estrategia de desarrollo debe considerarlo. Sin embargo, la cultura no sólo debe ser vista desde una óptica utilitarista.

Honduras no parece estar predestinada al éxito o al fracaso económico a partir de sus características y condiciones culturales, sociales o históricas. Si bien existe relación entre estas condicionantes, no es posible explicar el atraso o pobreza del país únicamente por su pasado y herencia colonial (véase capítulo 7).

Si bien Honduras, al igual que otros países, carece de estadísticas fiables o de estudios sistemáticos que permitan cuantificar esta influencia de la cultura en el desarrollo económico, hay varias razones para pensar que su papel es sustantivo. La consolidación de culturas económicas participativas y éticas se reconoce como una dimensión fundamental en la lucha contra la pobreza y el desarrollo del país. Por otro lado, cálculos tentativos a partir de estudios en otros países, permiten deducir el impacto macroeconómico que tienen aspectos culturales tales como las percepciones sobre el grado de confianza, de civismo y de corrupción en el país. Lograr un cambio positivo de estas percepciones podría significar mejoras considerables en el crecimiento económico y en la inversión.

Estas mejoras macroeconómicas podrían incluso ser comparables en magnitud con el impacto de otras políticas puramente económicas como el aumento de la productividad o de mejoras de los precios internacionales de las exportaciones agrícolas del país. No cabe duda de que el país estará en mejor situación para desarrollarse económicamente cuanto más fortalecidas estén sus instituciones y se apliquen más políticas dirigidas a generar y asegurar confianza entre los agentes económicos; es decir, el país precisa de una cultura económica que incentive el aumento de la productividad de los trabajadores, que haga rentable la acumulación de capital físico, humano o financiero, y pueda innovar y transferir tecnología.

En la medida en que el país muestre niveles bajos de capital social, existirán deficiencias en su desarrollo institucional y de políticas, que afectarán su capacidad de desarrollo económico en general y la productividad de sus trabajadores en particular. En el caso de Honduras se observa que el nivel socioeconómico hasta cierta medida condiciona el nivel de capital social. Hogares que tienen un mayor número de necesidades básicas insatisfechas que el promedio nacional son aquellos en donde viven las personas que, en general, participan más en los

La pérdida de valores es un aspecto frecuentemente asociado con los costos intangibles de la corrupción

Honduras es un país con una escasa y débil industria cultural que contribuya a fortalecer las identidades y dinámicas socioculturales

cabildos abiertos, en auditorías sociales y son también los que confían más en otras personas. A priori, parecen ser los hogares pobres los más sensibles a las ventajas de una cultura de participación comunitaria. Evidencia ante la cual podría suponerse que, dada su situación de pobreza, muchas personas se ven en el imperativo de recurrir a prácticas solidarias y recíprocas, fomentándose de esta manera la confianza mutua al interior de los hogares y de las comunidades.

De la revisión de las diferentes perspectivas que relacionan la cultura con la economía se desprende que no existe un consenso sobre la relevancia y magnitud de esos vínculos, aunque la evidencia empírica indica que esa relación puede ser significativa. Es valioso, por tanto, inferir hasta qué punto esta relación puede ser relevante en el caso hondureño; más aún cuando la cultura tiene un papel constituyente, evaluativo e instrumental en los procesos de reducción de la pobreza y desarrollo en el país. En ese sentido, en Honduras la *Estrategia de Reducción de la Pobreza y el Plan de Gobierno 2002-2006* establece de forma explícita una vinculación entre cultura y desarrollo por medio de la relación entre los valores morales y culturales del país con aspectos clave del desarrollo.

En Honduras no se la ha brindado la importancia requerida a la dimensión cultural dentro de las políticas públicas. Los indicadores sobre la libertad cultural, la intercomunicación y la capacidad creadora reflejan déficit considerables que el país tiene que superar.

Para la elaboración de una política y de una institucionalidad cultural se requiere del análisis de los procesos culturales del país, de sus indicadores culturales básicos, así como de su patrimonio histórico-cultural. Es oportuno decir que Honduras es un país con una escasa y débil industria cultural que contribuya a fortalecer las identidades y dinámicas socioculturales (véase capítulo 8).

A pesar de los considerables y múltiples esfuerzos que ha habido por articular una política cultural del Estado, especialmente en la última década con iniciativas como la del Consejo Nacional de la Cultura (1994) o como la del Gran Diálogo Nacional de la Cultura (1999), el sector ha crecido históricamente de forma inorgánica, con falta de acuerdo entre las instituciones y en ocasiones con confusión entre medios y fines.

Dentro del marco jurídico e institucional debe destacarse que las dos áreas de acción cultural que ha privilegiado el Estado hondureño han sido la educación básica y la protección del patrimonio de la nación, cuyas primeras leyes y acciones se remiten

al siglo XIX. Una de las primeras preocupaciones del Estado desde la instauración de la república fue la promoción de las capacidades de los ciudadanos a través de la educación en la medida en que se la consideraba uno de los principales instrumentos del progreso. Mientras tanto, la amenaza de saqueo que desde tempranos años del siglo XIX sufren las ruinas de Copán y demás sitios arqueológicos y la necesidad de conocer e investigar estos vestigios, llevaron a los legisladores a establecer normas tendientes a su preservación y a suscribir convenios con distintas instituciones científicas.

De manera global, tres tipos de procesos parecen haber influido en la ausencia de políticas culturales coherentes en el país. Por una parte, las visiones parcializadas o especializadas de las funciones que cumplen cada una de las Secretarías e instituciones implicadas en el sector, lo que ha llevado a perder de vista que participan en conjunto en el proceso de proyección del Estado hacia la cultura. Por otra parte, la práctica consuetudinaria de las instituciones que ha llevado a concentrar su trabajo en determinadas áreas desatendiendo otras y descuidando la coordinación interinstitucional. Y, finalmente, un tercer proceso que tiene que ver con la duplicidad, por la multiplicación de funciones en torno a una misma área de trabajo en distintas instituciones del Estado.

Al estudiar el entorno formal de la cultura en Honduras, es necesario aproximarse desde dimensiones o indicadores que den cuenta del grado de acceso y satisfacción que tienen los hondureños y hondureñas sobre ciertos bienes culturales. En este sentido, se retoma en este Informe el esfuerzo de la UNESCO por construir indicadores sobre la situación cultural en el mundo. Tres son las dimensiones básicas de la vida social que se consideran directamente relacionadas con el florecimiento de la cultura: la *libertad cultural*, como el derecho de disfrutar de los bienes culturales; la *comunicación o diálogo cultural*, como capacidad de intercambiar información y conocimientos y de convivir armónicamente; y, la *creatividad* como la capacidad de innovación y de producción de bienes culturales.

Por medio de los indicadores disponibles, se pone de manifiesto las limitaciones de la población en Honduras en cuanto al acceso a la educación formal o a la lectura en general: sólo tres jóvenes de diez tienen acceso a la educación secundaria y apenas uno a educación universitaria, mientras los libros son un objeto escaso en las escuelas y en los hogares hondureños; y, de diez escuelas públicas, menos de tres disponen de bibliotecas, y en la mayoría de los hogares no hay libros o no llegan a ser más de diez.

El consumo de medios de comunicación, en

cambio, se muestra relativamente más extendido en el país. Los datos indican que la mayoría de la población accede a información noticiosa por medio de la radio y televisión, y en menor medida por la prensa escrita. Honduras se encuentra más distante de los promedios internacionales con respecto a la disponibilidad de libros por persona en bibliotecas públicas que en cuanto a la circulación de medios de comunicación.

Comparativamente, el medio de comunicación que más crece es la televisión, si se juzga por el aumento en el número de receptores, cuya tasa de crecimiento es superior a los promedios internacionales, mientras la circulación de periódicos muestra una tendencia decreciente en los últimos años.

La creatividad tiene que ver con el dinamismo de una cultura para innovar y renovarse a sí misma. Aunque generalmente se la asocia con las artes, la música y la literatura, la creatividad abarca también los esfuerzos que las sociedades invierten en ciencia y tecnología como estrategias que buscan soluciones a los problemas del país y nuevos conocimientos que enriquezcan la experiencia y los horizontes de desarrollo.

Al igual que en los casos de acceso a bienes culturales y de los beneficios de la intercomunicación, los bajos niveles educativos del país pueden considerarse uno de los limitantes principales de la creatividad, especialmente en las áreas de la ciencia y la tecnología. Los indicadores muestran que el nivel terciario de educación superior se encuentra concentrado en la formación de profesionales al nivel de licenciatura para atender la demanda laboral básica en los sectores privado y gubernamental, mientras es escasa la formación a nivel de postgrados (maestrías y licenciaturas) donde se desarrolle la especialización y la investigación en las distintas áreas del conocimiento.

En cuanto a la investigación en las universidades, se encuentran registrados 275 investigadores, un 37% con nivel técnico, un 44% con nivel de licenciatura y un 20% con nivel de postgrado. Para el año 2003 en el país habían 45 investigadores por millón de habitantes, considerablemente menor que el número registrado en Costa Rica (532) y en extremo distante del que reportan los EE.UU. (3,678). En cuanto a la producción cultural en términos de libros, películas y otras actividades, la información disponible es muy escasa pero permite hacer algunas observaciones. El registro de libros publicados de la Biblioteca Nacional, indica que en el 2000 se imprimió en total en el país de 289 títulos, cantidad que puede considerarse muy pequeña si se compara con los promedios internacionales. Tal cantidad equivale a 5 títulos publicados por 100,000

habitantes, mientras en los países industrializados los títulos publicados se contabilizan en 56.

Los rezagos de Honduras con respecto a otros países son importantes en los indicadores de las dimensiones consideradas de acceso a bienes culturales, intercomunicación y creatividad; ello puede hallarse asociado, aunque no exclusivamente, a la situación general de pobreza del país que afecta todos los órdenes de la vida social y también los de la cultura. En este sentido, la mejora de las condiciones culturales se encuentra ligada a los esfuerzos más amplios de promover el desarrollo humano.

No menos importantes, sin embargo, son los desequilibrios internos de las condiciones culturales en cuanto llaman la atención acerca de las jerarquías y prioridades nacionales. La producción científica y la artística presentan disparidades semejantes, y en conjunto las condiciones de creatividad parecen las más desfavorables comparadas con las de intercomunicación y acceso a bienes culturales. Todo lo anterior conduce a considerar que al esfuerzo por avanzar en el mejoramiento generalizado de las condiciones de la cultura debería sumarse el criterio de compensar los desequilibrios.

Del análisis presentado en este Informe nacional sobre Desarrollo Humano, puede expresarse que la cultura hondureña es cambiante, se mantiene en un continuo proceso de reafirmación de su identidad, de sus símbolos y de sus valores. Muchos de estos cambios significan verdaderos desafíos, mientras que otros se convierten en medios para potenciar el desarrollo del país.

Un primer gran cambio ha sido el de pasar de una cultura fragmentada y regionalista a la construcción de una cultura común, con resultados inéditos dentro de la historia de Honduras. Esto probablemente explique por qué en el país cada vez es más cotidiana la práctica del consenso en la resolución de conflictos y no se recurra siempre a vías armadas o violentas que en el pasado han destruido el tejido social y han impedido el desarrollo de una convivencialidad inspirada en el respeto y la solidaridad. Aunque debe ser reforzada desde lo cotidiano, la existencia de esta cultura común es muy importante para el país, ya que le puede ofrecer las capacidades para enfrentar los retos de un mundo como el actual, caracterizado por la globalización y sus tensiones entre la homogeneización y la fragmentación cultural.

Ahora bien, esta mayor comunicación e integración del país corre el riesgo de ser disminuida por la cultura del miedo, de los muros y de las rejas, que ante la inseguridad y la desconfianza en el otro, amenazan romper la idea de interacción

Es prioritario reestablecer la confianza sobre la base en una cultura de paz y de justicia social, más que por la vía de las armas y de la represión

Urge también la formación de hábitos cívicos que promuevan el respeto por lo público, una ética social de servicio y de esmero que dé sentido a la idea de nación y comunidad

comunitaria. Por ello es prioritario reestablecer la confianza sobre la base en una cultura de paz y de justicia social, más que por la vía de las armas y de la represión.

Un segunda potencialidad de la cultura para el desarrollo de Honduras se encuentra en el modo en que se ha dado las diversas transiciones dentro de la sociedad hondureña, especialmente la que tiene que ver entre lo rural y lo urbano. Si bien, implica una serie de tensiones y de procesos inacabados, se observa una especie de *continuum*, que desde una perspectiva cultural representa una riqueza invaluable, en la medida, que se pueda mantener un marco relaciones interpersonales en el que se estima mucho valores como la honestidad, el respeto y la lealtad. Estos valores reconocidos por los hondureños, y que cada vez están más amenazados por la desconfianza interpersonal e institucional, no sólo son importantes para las buenas relaciones, sino para la edificación de instituciones sólidas y respetadas por todos los miembros de la sociedad. Por otra parte, este *continuum* rural-urbano, permite que el país se ubique en un punto donde, si se dieran los estímulos y orientaciones adecuadas, pueda redireccionar los cambios y no ser redireccionando por ellos.

Un tercer elemento que hace a la cultura como un medio para el desarrollo es el que tiene que ver con el hecho de cómo se caracterizan y perciben las hondureñas y hondureños a sí mismos: como personas trabajadoras y que ven el trabajo la vía para resolver sus problemas socioeconómicos, muy por el contrario a los estereotipos que a menudo se expresan de los hondureños como personas poco laboriosas. Ante la concentración de la riqueza y la ausencia de un Estado de bienestar, la población ha desarrollado una economía de subsistencia, que

ojalá fuera menos precaria, pero que ha servido para dar el sustento y un sentido de dignidad muy particular.

Un cuarto elemento cultural que entraña un enorme potencial para el desarrollo se observa en una actitud que supera el fatalismo de otros tiempos. Más allá de las condiciones de pobreza y privación en la que viven la mayoría de los hondureños existe una cierta actitud positiva hacia el futuro, lo cual implica que si se dieran mayores condiciones de articulación y conciencia colectiva, aumentarían las posibilidades de emergencia para movimientos sociales con orientaciones hacia el desarrollo.

Conviene también resaltar que existen indicios históricos y percepciones que soportan la idea de que en los hondureños y hondureñas aflora un carácter lúdico no sólo frente al trabajo sino también frente a la adversidad, bajo la convicción de que siempre existe la posibilidad de la recomposición, siendo esto un punto clave en la definición de una estrategia de desarrollo en la que las personas sean el centro del mismo, tal como lo pretende el desarrollo humano sostenible.

Finalmente, debe reconocerse que Honduras posee una diversidad natural y cultural potencialmente inexplorada. Por lo que hay que afianzar la valoración de lo que se tiene, con especial énfasis en el respeto a su gente y su cultura. Urge también la formación de hábitos cívicos que promuevan el respeto por lo público, una ética social de servicio y de esmero que dé sentido a la idea de nación y comunidad. Así, se podría interactuar con las influencias externas de forma activa y horizontal, y de esta manera evitar el peligro de ser asimilados por los influjos de otras culturas. Sería así posible rescatar el alma de la nación hondureña en estos tiempos de la mundialización.